

Ellas recibieron sus muertos

Por Daniel Del Vecchio

Lugar: Antequera (Retiro de Mujeres)

Fecha: 6 de junio de 2009

“Hubo mujeres que recobraron resucitados a sus muertos” (Hebreos 11:35 BLA)

El capítulo once, del libro de Hebreos, ofrece un pasaje del Antiguo Testamento resaltando la fe perdurable del pueblo de Dios. Muchos de estos gigantes son: Moisés, Abraham, David, Samuel, Sansón, etc.... Quiero hacer hincapié en la lectura del versículo 35 que ha dejado una huella indeleble en el tiempo que aún habla de su proeza: *"Hubo mujeres que recobraron resucitados a sus muertos"*. Y mi pregunta es la siguiente: ¿Cuántos tienen familiares espiritualmente muertos? Probablemente todos tenemos a alguien. También, casi seguro, hay personas en este lugar que están muertas espiritualmente, otras están agonizando y gracias a Dios veo algunas almas que están vivas.

Tenemos el relato bíblico del profeta Eliseo y la mujer sunamita en *2ª de Reyes 4:8.37* que nos enseña la importancia de la fe inquebrantable y la perseverancia. Creo que el autor de la carta a los hebreos alude a esta mujer que no aceptó la muerte de su hijo, sino que: *"... llegó a donde estaba el varón de Dios en el monte, se asió de sus pies" (v.27). "Y dijo la madre del niño: Vive Jehová, y vive tu alma, que no te dejaré" (v.30). "... el niño estornudó siete veces, y abrió sus ojos" (v.35) "...después tomó a su hijo, y salió" (v.37)*. Dios respondió a su clamor y confirmo su fe. Por lo cual está escrito: *"Hubo mujeres que recobraron con vida a sus muertos."* (Hebreos 11.35 RV95)

Personalmente, en estos últimos ocho años, la muerte me ha perseguido con obcecación tratando de apoderarse de mí. Mi esposa me vio, espiritualmente sepultado, y mi hija me veía hospitalizado y visualizaba una línea plana en el monitor cardíaco, consecuente a la inactividad del corazón. La hermana Claire, en Cuba también tuvo otra visión, donde el espíritu de incredulidad intentaba atacarme y detrás de ese espíritu, escondida, yacía la muerte.

Así pues, como apóstol de la obra soy muy acosado y el diablo me quiere destruir. Pero la oración me ha mantenido vivo y la intercesión de muchas mujeres santas me ha resucitado, más de una vez, haciendo latir de nuevo mi corazón cuando estaba hundido y debilitado en la fe. Dios me está levantando y puedo respirar el aire del cielo, gracias a que resistieron en la fe: *"Algunas mujeres confiaron en Dios y, por eso, Dios hizo que sus familiares muertos volvieran a vivir."* (Hebreos 11:35 BLS)

Voy a hablar acerca de la muerte y de la vida espiritual. Y es así que en la segunda epístola de

Efesios leemos: *"En cuanto a ustedes, estaban muertos en sus transgresiones y pecados, en los que acostumbraban vivir cuando seguían los caminos de este mundo y del gobernante del reino del aire, el espíritu que ahora actúa en los que son desobedientes. En otro tiempo todos nosotros también vivíamos entre ellos satisfaciendo las pasiones de nuestra naturaleza pecaminosa y siguiendo sus deseos y pensamientos. (Efesios 2:1-2)*

En otra versión de las Escrituras observamos: *"Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados"*. Conque además de la vida física, está la vida espiritual.

Desde el momento de la concepción hay vida humana, por consiguiente existe también el riesgo de perder el embrión. Lo mismo sucede, cuando recibimos la semilla incorruptible de la PALABRA de Dios. Si la descuidamos habrá un aborto espiritual. Cuando la simiente de la Palabra que nos ha sido evangelizada es fecundada en el corazón y se gesta con tu fe, brota la concepción en el espíritu, entonces Cristo es engendrado, vive en ti y comienza a crecer dándonos una nueva vida. *"El espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha; las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida". (Juan 6:63)*

No obstante, esa vida siempre peligrará si no permanece ligada a Dios, la fuente de todo poder y energía. Así como el niño obtiene oxígeno de la madre por el cordón umbilical y la semilla surge sólo en condiciones de humedad y calor adecuados, nosotros también necesitamos alimentarnos y protegernos con la Palabra imperecedera del Señor, que significa el Espíritu de Dios, para que ese nuevo ser siga desarrollándose y fortaleciéndose en la fe. San Pedro nos dicta: *"Desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación, si es que habéis gustado la benignidad del Señor."* (1ª Pedro 2:2.3)

Dios nos da una nueva naturaleza por el poder sobrenatural de su gracia y es a través de la fe que somos salvos. *"Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios". (Efesios 2:8)*. La semilla del evangelio tiene que germinar con fe para producir vida espiritual. Negar la gracia de Dios y dudar de la salvación es derribar el fundamento de la verdad de Su Palabra y conlleva a la incredulidad, que es el espíritu del mundo y el pecado que nos dirige al infierno. *"Y cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio de pecado, por cuanto no creen en mí."* (Juan 16:8.9)

Si creemos en Jesucristo podemos ser salvos. *"...mas el que no creyere, será condenado"*. (Marcos 16:16). Pero el diablo viene y trata de desarraigar nuestra fe en la Palabra infalible de

Dios, inyectándonos pensamientos, insinuaciones y dudas contra Él: "*¿Conque Dios os ha dicho...?*" (*Génesis 3:1*) este es siempre el "modus operandi" de Satanás: cuestionar y desafiar la palabra de Dios. Lo consiguió con Adán y Eva, cayeron en la trampa mortal, desobedecieron, cambiaron la verdad de Dios por la mentira, pecaron y fueron separados de la presencia de Dios. "*Porque la paga del pecado es muerte...*" (*Romanos 6:23*)

El pecado se originó por una decisión libre y voluntaria, mediante la transgresión de Adán y afectó a toda la humanidad. Somos pecadores y culpables por naturaleza. El apóstol Pablo nos lo expone claramente: "*por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios.*" (*Romanos 3:23*). El fruto del pecado rompe nuestra relación con Dios, lógicamente es la muerte tanto física como espiritual. "*Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron.*" (*Romanos 5:12*)

"*Así también está escrito: "Fue hecho el primer hombre, Adán, alma viviente"; el postrer Adán, espíritu que da vida".* (*1ª Corintios 15:45*). Siendo el postrer Adán, el Señor Jesús que vino para expiar nuestro pecado, poner fin a la muerte y darnos vida eterna, "*porque en cuanto murió, al pecado murió una vez por todas.*" (*Romanos 6:10*). Si recibimos a Cristo por la fe, se inicia el nuevo nacimiento y la transformación de muerte a vida espiritual es inmediata; dándonos la certeza de que Cristo está en nosotros y de que es real en nuestra vida. La Palabra de Dios nos dice: "*El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios.*" (*Romanos 8:16*)

Si permanecemos en Cristo, la maldad no se enseñoreará de nuestra vida y reflejaremos su carácter y los frutos del Espíritu, pero si continuamos practicando el pecado entonces no hemos conocido a Dios. El apóstol Juan, en su primera carta, nos lo explica así: "*Todo aquel que permanece en él, no peca; todo aquel que peca, no le ha visto, ni le ha conocido.*" "*El que practica el pecado es del diablo.*" (*1ª Juan 3:6 - 3:8*). Necesitamos nacer de nuevo para ver el reino de Dios. "*...Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo no es de él.*" (*Romanos 8:9*). Aunque profesemos las ideologías, creencias o convicciones religiosas pertinentes, según nuestra propia conveniencia, tratando de acumular "méritos" para merecer la salvación, fracasaremos. Sólo la fe en Jesucristo nos salva, nos liberta y nos restaura: "*Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos.*" (*Hechos 4:12*)

Así como, la ley del pecado y de la muerte entró en el mundo a través de un hombre, Adán. Igualmente por otro hombre, Jesucristo, entró la ley del Espíritu de vida, siendo aun más poderosa.

Únicamente una ley puede abolir otra ley. Todo fue consumado en la cruz del Calvario. Somos redimidos de la maldición de la ley. Jesús dijo: *"el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá"*. (Juan 11:25). La Ley del Espíritu supera la Ley del Pecado: *"Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte"*. (Romanos 8:2)

Entre las diferentes ramas de la física hay leyes y principios fundamentales muy interesantes, como las dos Leyes de la Termodinámica que son irrevocables.

La primera Ley está basada en el principio de conservación de la energía, la cual establece que la energía no se crea ni se destruye, solo sufre una transformación. La Biblia con miles de años de anticipación, patentó esta misma verdad de la energía perpetua. Nos enseña que Dios es eterno nunca cambia y no tiene fin, es la fuente de toda energía vivificante que no se agota, *"...es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos"* (Hebreos 13:8). Es la Ley de la vida eterna.

La segunda, la Ley de la entropía, en su más simple sentido significa que las cosas tienden a moverse de un estado de orden al desorden. Esto quiere decir que todo tiende a decaer, a envejecer y a descomponerse con el tiempo. La tierra, como una vestidura vieja, se está desgastando y el universo está desgarrándose hacia un destino catastrófico. El incremento irreversible de la entropía contradice evidentemente la teoría de la evolución. Es la Ley de la muerte eterna.

El apóstol Pablo, mucho antes de ciertos conocimientos científicos del hombre, descubrió, por revelación divina, que nuestras vidas se rigen por una de estas dos leyes, es decir que el primer Adán manifiesta la muerte y el póster Adán anuncia la vida. *"Le dijo Jesús: Yo soy la resurrección y la vida..."* (Juan 11:25). Asimismo el apóstol en su mensaje a los romanos proclamó que Jesús: *"...fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos"*. (Romanos 1:3.4). Es por la resurrección de Jesucristo que podemos vencer a la muerte eterna y poseer en nuestros corazones el Espíritu de Santidad confiriéndonos dominio sobre la ley de la gravedad que simboliza la atracción del mundo y de la carne.

"Así que, hermanos, deudores somos, no a la carne, para que vivamos conforme a la carne; porque si vivís conforme a la carne, moriréis; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis." (Romanos 8: 12.13)

Cristo nos da Su vida y un corazón limpio. Y es el anhelo de Dios que estemos vivos, con una conciencia vivificada, sensible a la voz del Espíritu Santo para confiar y emprender el camino auténtico de la conversión. San Pablo, instaba paternalmente a Timoteo a mantener la fe y una

buena conciencia (*1ª Timoteo 1:19*) y avivar el fuego del Don de Dios (*2ª Timoteo 1:6*). Apropriémonos de ambas peticiones y ¡examinémonos, arrepintámonos y avivémonos! Tomémonos el pulso y reconozcamos con sinceridad dónde hemos fallado, a quiénes hemos ofendido. Encendamos de nuevo la llama del fuego del primer amor y de la comunión con Dios. Reavivemos el Espíritu de oración, que podría extinguirse por la indolencia e incapacidad de conmovernos.

Del mismo modo que la muerte cerebral o muerte clínica se considera la pérdida irreversible de la capacidad de conciencia, la falta de oración e intercesión con gemidos indecibles en el Espíritu, es un indicio muy significativo de nuestro estado, agenciándonos al endurecimiento del corazón. No podemos vivir en una relajación espiritual y pretender derrotar a nuestros enemigos.

Somos llamados a una lucha feroz y continúa, vivir para Cristo implica una guerra en la que nuestro adversario, Satanás, nos quiere insensibilizar causándonos tibieza espiritual, siendo la actitud más amenazante de nuestra vida. Nos provoca indiferencia por las almas y abandono por las cosas del Señor, nos hace egoístas e inertes frente a las necesidades, nos infunde apego a los placeres mundanos y carnales, sintiéndonos cada vez más cómodos y satisfechos. *"Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca."* (*Apocalipsis 3:16*)

Por tanto, es primordial fomentar una vida de fe y oración, para no enfermar espiritualmente y ser libres de todo obstáculo que impida nuestra relación con Dios y con los demás. Ya que en los corazones donde hay herida, injusticia, envidia y rechazo, echaran sus raíces la amargura y el dolor produciendo desilusión, quejas y falta de perdón. *"...reconcíliate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda"*. (*Mateo 5:24*). La amargura es como ingerir veneno y desear que el otro se muera. Esforcémonos, en dar pasos de reconciliación, amor y perdón hacia aquellos que nos han deshonrado y despreciado. *"Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos. El que no ama a su hermano, permanece en muerte"* (*1ª Juan 3:14*)

Estemos con una conciencia despierta para discernir la paz ficticia suscitada por la muerte espiritual, que nos mantiene aletargados en nuestros propios razonamientos, de la paz verdadera que nos concede Dios cuando presentamos todo a Él en oración. *"...pero el ocuparse del Espíritu es vida y paz"*. (*Romanos 8:6*). Valoremos el privilegio y la bendición de estar vivos, de amar y perdonar, creyendo que todo cuanto se hace para el Señor tiene su recompensa eterna. Quiénes se excusan y acusan, perecerán, porque no están agarrados a Jesús el único Salvador *"...antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente"*. (*Lucas 13:3*). La diferencia entre cielo e infierno no

radica solamente en "buenos y malos" sino en la profunda convicción de pecado que nos lleva al arrepentimiento y el auto-engaño del corazón que se justifica y se jacta diciendo: "soy buena persona" no tengo necesidad de Dios. *"...porque no se justificará delante de ti ningún ser humano". (Salmo 143:2)*

Una vida sin Cristo sólo puede deparar muerte eterna. ¡Hoy puedes resucitar! No te demores más, entrégale tu corazón y recibe a Jesús como tu Señor y Salvador y te elevarás a una nueva vida. En esta unión con Cristo nos hacemos un espíritu con Él. *"Os daré corazón nuevo..." "Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu" (Ezequiel 36: 26.27)*. Si Cristo mora en nosotros, el espíritu es vivificado. La Biblia dice: *"Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros". (Romanos 8:11)*

Tratar de vivir la vida cristiana sin el poder del Espíritu es difícilísimo, no alcanzaremos la victoria. Sólo de Él viene la fortaleza sin la cual, nada podremos hacer. El apóstol Pablo nos da una orden, *"...sed llenos del Espíritu." (Efesios 5:18)*. No es opcional. Es un requisito primordial en nuestra vida, en la iglesia y en la obra de Dios. Como síntoma de buena salud espiritual, tendremos un verdadero anhelo de santidad, de orar y de buscar el verdadero alimento: LA PALABRA DE DIOS. Vivir en la plenitud del Espíritu Santo y en una fe inamovible en la Palabra renovará nuestra mente y corazón y nos suministrará las fuerzas necesarias para enfrentarnos al pecado, a las tentaciones y a las dudas.

El apóstol Juan escribe: *"Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros" (Juan 1:14)* Jesucristo es la Palabra encarnada que exterioriza la mente de Dios, sus sentimientos y su voluntad. Declara la verdad eterna. Al oír la Palabra, se produce la fe en el corazón para creer y se irá arraigando en nosotros, es decir, poco a poco seremos transformados en la misma imagen de nuestro Señor Jesucristo. *"...los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo..." (Romanos 8:29)*. Porque no es palabra de hombre, sino palabra viva de Dios. Y nos reta a que seamos diligentes y nos dispongamos hacer aun mas para crecer en fe como creyentes: *"...a los que por la justicia de nuestro Dios y Salvador Jesucristo han recibido una fe tan preciosa como la nuestra" "... esfuércense por añadir a su fe, virtud; a su virtud, entendimiento; al entendimiento, dominio propio; al dominio propio, constancia; a la constancia, devoción a Dios; a la devoción a Dios, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor". (2ª Pedro 1:1 - 1: 5.7 N.V.I)*

La fe es la base, los cimientos de nuestra certeza y convicción en Cristo. Debemos añadirle

virtud, referente a la cualidad del carácter cristiano probado y distinguido. Luego a la virtud entendimiento de Dios, no sólo creyendo en Él sino también conociendo su corazón, su voluntad y su Palabra. Al entendimiento, agregarle dominio propio, que nos sujeta en el momento de tentación aprendiendo a llevar cautivo todo pensamiento a Cristo. Siguiendo con la constancia o la paciencia de soportar las pruebas. Después añadid devoción a Dios para vivir en santidad. A la devoción el amor fraternal, viendo al hermano como parte de uno mismo y sea completa nuestra fe con la más excelente de las virtudes, el amor.

Amadas hijas y hermanas, nos hemos tomado el pulso para reconocer con honestidad nuestra situación. Mi anhelo es que estemos todos "vivos espiritualmente" y que la conducta de la mujer sunamita sea un ejemplo de confianza, no en las circunstancias, ni tampoco en nuestras propias fuerzas, sino en Dios. Él sigue vivo y atento también a nuestro clamor.

Tenéis el potencial para orar e interceder como estas mujeres que no perdieron la esperanza y por la insistencia y la fe recobraron resucitados a sus seres queridos. No dudaron acerca del poder y del amor de Dios, ni aceptaron la derrota. Lucharon con fervor y heroicidad por la salvación de sus almas. "*... poniendo su boca sobre la boca, sus ojos sobre sus ojos, sus manos sobre las manos suyas*" (2ª Reyes 4:34) es decir, tratar personalmente con la persona, identificarse con ella, no consentir su perdición, sino perseverar hasta lograr la victoria de su total liberación y resurrección.

Que el enemigo no gane ventaja alguna. Peleemos y arrebatemos las almas del fuego del infierno ¡No aceptemos sus muertes, no más velatorios, detengamos los entierros! Determinemos creer en Dios y consolidemos nuestra posición bajo la consigna: "mantener la fe firme hasta el fin".

Y recibiremos el milagro.

"Algunas mujeres confiaron en Dios y, por eso, Dios hizo que sus familiares muertos volvieran a vivir". (Hebreos 11:35)